

La legislación española va a rechazar la maternidad subrogada; pese a ello, nuestro autor se detiene en ella, con acertado criterio según mi punto de vista, pues si la ley actual la prohíbe y decide que siempre será la madre legal quien dé a luz a la criatura, es posible que en un futuro, y teniendo en cuenta los fuertes intereses económicos que se mueven alrededor de esta práctica, se legalice la misma.

Habida cuenta de que el libro se orienta fundamentalmente hacia el estudio de la filiación, no se detiene el autor en el análisis de determinadas prácticas que utilizan estas técnicas, sobre todo la fecundación in vitro, para fines distintos de la procreación; estos supuestos serán prohibidos por la legislación española pero es notorio que se están realizando en muchos países del mundo.

El volumen culmina con una bibliografía bastante completa, lo que entraña indudablemente una dificultad para el autor, habida cuenta de la multitud de trabajos que surgen sobre el tema y el necesario lapso que se produce entre la redacción de una obra y su publicación.

En definitiva, nos encontramos ante un excelente trabajo sobre este tema, especialmente meritorio en los aspectos jurídicos, con una acertada fundamentación de las posturas, y, donde, sin embargo, cabe observar diversas incongruencias respecto a la posición católica; incongruencias criticables, pues aunque es cierto que en estas técnicas cabe observar una gradación de negatividad, se deben señalar también las negatividades menos graves.

JOSÉ MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERÓN.

R. Sierra Bravo: EL METODO MARXISTA (*)

El autor, que debiera ser más conocido de lo que es por sus publicaciones anteriores, especialmente «La doctrina social y económica de los Padres de la Iglesia» (1) y «El pensamiento social

(*) Parainfo, 1985, Madrid. Cap. I: El método marxista en Marx; II: El método marxista en Engels; III: El método marxista después de Marx y Engels; IV: Análisis crítico del método marxista; V: El método marxista de investigación y exposición; VI: Aplicación de los contenidos y principios del método marxista; VII: Método marxista y teorías marxistas; VIII: Praxis científica del marxismo; fuentes y bibliografía. 150 páginas de texto.

(1) «La doctrina social y económica de los Padres de la Iglesia», Compi, Madrid, 1967.

y económico de la escolástica» (2), en los que resume y cita la importantísima aportación teórica del pensamiento cristiano a la cultura socioeconómica, ahora nos ofrece un nuevo fruto de su trabajo en un frente totalmente diferente. Pulcro como todo lo suyo y muy documentado, pues se finaliza con una bibliografía abundante, selecta y básica para el conocimiento del tema.

La obra está dividida en tres secciones. La primera dedicada al «Método marxista y sus fuentes» (caps. I-III); la segunda al «Análisis y discusión de los principios y elementos del método marxista» (caps. IV-V) y la tercera a la «Praxis del método marxista» (caps. VI-VIII).

Vamos a intentar aquí un mínimo resumen de su línea textual. Empieza señalando lo que Marx entiende es «el método científico correcto... Se pueden distinguir tres componentes: 1.º) punto de partida: lo concreto-real; 2.º) un proceso de abstracción y concreción, de análisis y síntesis; 3.º) un punto de llegada: lo concreto en el pensamiento » (Grundrisse) (pág. 10). «Por oposición al hegelianismo para el que "el mundo pensado es como tal la realidad única", considera las categorías o conceptos como movimiento que es el verdadero acto de producción, cuyo resultado es el mundo, en la concepción de Marx, lo concreto en el pensamiento, el resultado o punto de llegada de su método, es sí un producto del pensamiento, "pero de ninguna manera es un producto del pensamiento que se piensa y se engendra a sí mismo"» (Crítica de la Economía Política) (página 15).

Así, «el físico... observa los procesos allí donde se presentan en la forma más ostensible y menos velada..., o procura realizar sus experimentos en condiciones que garanticen el desarrollo del proceso que investiga... (Aquí) nos proponemos investigar el régimen capitalista de producción y las relaciones que a él corresponden» (El Capital) (pág. 21). Es decir, Marx trata de investigar la realidad humana como sujeta a la «ley de necesidad» de los procesos físicos y naturales, no según la «ley de libertad» propia de los seres *personales*. Parece, pues, que estamos frente al Marx «kantiano» que señala Zeleny. Pero no es así, pues se autoproclama dialéctico: «Mi método dialéctico no solo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es... la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte, incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real... Para mí lo

(2) «El pensamiento social y económico de la Escolástica», C. S. I. C., Madrid, 1975, dos tomos.

ideal no es... más que lo material traducido y traspuesto en la cabeza del hombre» (pág. 23), según cita del postfacio de «El Capital».

Es decir, parece que Marx, frente a Hegel y la opción de éste por la «res cogitans», se pronuncia por la «res extensa», por la materia. Pero..., ¿es posible un «materialismo dialéctico»? Obviamente, en la «realidad sensible», no: la materia no es tan sutil y flexible como para seguir las exigencias de la dialéctica, es rígida, concreta. Pero, observemos que Marx, añade: «traspuesta en la cabeza del hombre». Es decir —y aquí está todo el fondo de la cuestión—, al final Marx es tan idealista como Hegel, «idealista» de la materia, ciertamente, de la «materia pensada», pero no por ello menos idealista como se verá en el capítulo VIII de la obra al confrontar el «método marxista» y la «ciencia moderna», no dialéctica, sino crítica y empírica, lo cual explica suficientemente el fracaso final del marxismo en sus realizaciones prácticas, allí donde forzosamente ha de tratar con «materia», con «hombres» reales, no dialécticos, «pensados» según *a-prioris* de la «trasposición a la cabeza del hombre».

A Marx se le puede aplicar justamente su propia crítica al método de Proudhon, donde «hay abstracción y no análisis, a la vez que critica y rechaza una abstracción que aleja y separa totalmente las ideas de la realidad hasta convertir lo real en puras categorías lógicas» (pág. 26) que es, precisamente, lo que ahora se reprocha a los sistemas socioeconómicos regidos por las ideas marxianas.

Lo cual choca, a su vez, frontalmente con la XI tesis sobre Feuerbach, «concepto verdaderamente clave en el sistema marxista» (pág. 28), en la que «constituye la praxis en criterio de verdad» (pág. 31), pues «es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento», dice Marx.

Tras ver el método marxista en las diversas obras de Marx pasa a verlo en Engels, a través de dos citas de éste, para el cual el método marxista es «la ciencia de las leyes generales del movimiento y evolución de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento» (Dialéctica de la Naturaleza) (pág. 45), según sus tres conocidas formulaciones de la ley «del trueque de la cantidad en cualidad... la ley de penetración de contrarios y la ley de la negación» (*ib.*). Aquí hay que señalar que, como Engels, mete en el mismo saco los procesos naturales, los artificiales y al mismo hombre, que aparece solo como «ser histórico».

Tras Engels, el autor trae las aportaciones de Lenin y de Mao (págs. 48 y 51) como principales autores marxistas.

Más interesante en la sección II, «del análisis crítico del método marxista», donde resume lo anterior en nueve claros principios que se desenvuelven en dos modos: *a)* Método de investigación, «que empieza en lo concreto sensible..., la asimilación de la materia en todos sus detalles» (pág. 56), y *b)* Método de exposición, que «implica la realización de la síntesis de las abstracciones logradas» (*ib.*). Esta presentación, en principio, parece coherente con el concepto *normal* de lo que es ciencia, pero solo lo es en la expresión, pues «desde el punto de vista científico este principio no coincide con el criterio de verificación de este método... El criterio de verificación científico tiene en este método un sentido mucho más específico, no es genérico como la praxis... (que) es la base marxista de verificación de la teoría» (pág. 64), que, además, es entendida con criterios sociohistóricos, políticos, no empíricos sino intencionales.

Así, después de proclamar el método marxista la «supremacía de la praxis» (pág. 67) sobre la teoría, lo que en realidad quiere decir es «la subordinación de la teoría a la praxis revolucionaria..., implica en el marxismo una inmediata y directa subordinación de la teoría a una determinada praxis sobre todo si ésta es de tipo político» (pág. 68), con lo que queda siempre autojustificada. Y que ha dado lugar a tan pintorescas situaciones «científicas» (¿?), como el «affaire» Lysenko, bajo Stalin.

En realidad, para este método, «el hombre, la sociedad y la economía son totalidades» (pág. 73) y, efectivamente, ya quedó claro en los «Manuscritos de 1848» que Marx, cuando habla del «hombre» no se refiere a las «personas», sino al «hombre específico», la «especie» humana de la cual los meros individuos son meros momentos, «seres para la muerte». Aunque esto suele olvidarse en el diálogo con los marxistas, a los que se les concede una visión de la «persona humana» que fue explícitamente rechazada por Marx. Así, éste llega al «materialismo histórico» (pág. 77), cuyo sujeto es el «colectivo», que deviene en el tiempo, no las personas que nacen, viven y mueren. Esto, como señala Sierra Bravo, «desde un punto de vista formal se puede criticar la consecuencia metodológica del materialismo histórico expuesto, como apriorismo, indebidamente casual y unilateral..., porque constituye una regla metódica que contiene ya la solución que se busca» (pág. 80). Lo cual, mal que le pese a Lenin —cf. «Materialismo y empiriocriticismo»— fue ya señalado por

Blei en el terreno especulativo y por Bohm Waberk en su fundamental crítica a «El Capital».

Así, se tiene que criticar la expresión materialismo dialéctico, «que no es otra cosa que el término que designa la dialéctica marxista en contraposición a la de Hegel» (pág. 84). Pero «Hegel no habla de lógica dialéctica, sino que en él se puede afirmar que ambas, lógica y dialéctica, se identifican totalmente, dada la base idealista de su dialéctica» (pág. 86), cosa que no ocurre en «el materialismo marxiano, donde solo es una expresión tautológica en tanto que es opuesta a la lógica formal» (*ib.*), la cual, por su rigor, es opuesta a los juegos dialécticos de Marx, que «no ha podido sustituir, como algunos autores marxistas han pretendido, a la lógica formal» (pág. 87), sobre todo en la formalización teórica de las leyes de la materia.

Lo mismo pasa con la «noción marxista de la dialéctica y sus leyes» (pág. 87), cuya negación del principio de contradicción «se basa en una confusión —típica del pensamiento dialéctico— entre contradictorio y distinto» (pág. 88). Así como la «superación dialéctica del Engels de la «Dialéctica de la Naturaleza» y del «Anti Duhring», solo consiste en llamar dialéctica a las relaciones causales de lo material.

A pesar de ello, los seguidores del método marxista se aferran a la pretendida igualdad de éste con la ciencia marxista, que toman por la auténtica ciencia sin ninguna prueba objetiva reclamada por la base empírica y la lógica formal. Por ello, «parece obvio que... el método marxista se halla estrechamente subordinado a la ideología marxista. Por tanto, no parte de la duda y puesta en tela de juicio de toda interpretación o concepción, sino que, por el contrario, presupone la aceptación de las ideas esenciales del marxismo y de su comprensión del mundo... no es problemático... (sino que) en la base del método marxista no está la duda, sino la certeza» (pág. 100). Consecuencia de ello es su choque frontal, muy bien estudiado por el autor, entre «el método marxista y la observación científica» (pág. 102), frente «al método científico» (pág. 106), tal como es aceptado hoy por todos. Un repaso a las obras de Marx y seguidores corrobora exhaustivamente lo dicho. Y lo mismo que en lo temático ocurre con el análisis de las categorías básicas del marxismo, teoría del valor y de la plusvalía que «constituyen la columna principal de la construcción del marxismo» (pág. 121), cuando Marx «pretendió en *El Capital* dar a su sistema una fundamentación científica de la que hasta entonces carecía» (*ib.*), el pensamiento socialista.

Pero siempre, entendiendo la «ciencia» según su modo particular de ver. En efecto, aunque la «posición ante la ciencia de Marx y Engels es..., extremadamente favorable» (pág. 137), sin embargo, «la posición ante la ciencia del marxismo aparece en sus mismos fundadores con un carácter extremadamente ambiguo..., tienen de la ciencia una idea propia y particular, basada en su propia filosofía dialéctica y materialista y en la instrumentación de la ciencia al servicio de la praxis revolucionaria» (página 138). Precisamente, como antes se ha señalado aquí, la imposibilidad de hacer «materialismo dialéctico», entendidos los dos términos —«dialéctica» y «materia»— en su verdadero sentido, es lo que producirá los «fallos científicos del marxismo» (pág. 144), que se manifiestan como «orgullo intelectual, criticismo sin autocrítica y subordinación de la teoría a la política» (pág. 145), cuyo resultado final tenemos ante la vista como postrema venganza de la «astucia de la razón» que señaló Hegel en su «Filosofía de la Historia».

Es una verdadera lástima que esta obra haya sido publicada con diez años de retraso, cuando ya el marxismo es, como dice Thomas Molnar, «un cadáver putrefacto e insepulto que nadie se atreve a enterrar». Sobre todo en el terreno teórico.

ANTONIO SEGURA FERNS